

ASIMOV Y SUS AMIGOS

EN TORNO A FUNDACIÓN

**ROBERT SILVERBERG,
POUL ANDERSON, HARRY HARRISON,
FREDERIK POHL y otros**



En 1989 se cumplió medio siglo de la aparición del relato «Marooned off Vesta» en *Amazing Stories*; cincuenta años hacía entonces que se iniciaba la carrera del más destacado autor de ciencia ficción de todos los tiempos: Isaac Asimov. Y un aniversario más: el de los cuarenta años que apareció «Segunda Fundación», remate de la mítica trilogía del mismo autor, la saga galáctica que abrió las puertas del universo a la imaginación humana.

A raíz de la primera fecha, diecisiete autores —entre ellos, sin duda, los nombres más sólidos entre los cultivadores del género— recrearon a modo de homenaje y a partir de sus lenguajes específicos los mundos del maestro. La segunda fecha, vinculada a una obra tan influyente y significativa como para dar título a este volumen, es idónea para recuperar historias tan creativas, hermosas y plenas de ingenio como aquella que les dio pie.

El prólogo de Ray Bradbury y el epílogo del mismo Asimov son tributos de respeto y agradecimiento respectivamente a un esfuerzo con escasos antecedentes en la ciencia ficción.

A Isaac, con cariño

Contenido

Prefacio, Ray Bradbury

El Isaac no metálico o ¡Qué bello es vivir!, Ben Bova

La corredora de cintas, Pamela Sargent (*Strip-Runner*, 1989)

La solución Asenion, Robert Silverberg (*The Asenion Solution*, 1989)

Asesinato en Grado Urth, Edward Wellen (*Murder in the Urth Degree*, 1989)

La caída de Trantor, Harry Turtledove (*Trantor Falls*, 1989)

Dilema, Connie Willis (*Dilemma*, 1989)

Maureen Birnbaum después del anochecer, George Alec Effinger (*Maureen Birnbaum After Dark*, 1989)

Equilibrio, Mike Resnick (*Balance*, 1989)

El eterno presente, Barry N. Malzberg (*The Present Eternal*, 1989)

PAPPI, Sheila Finch (*PAPPI*, 1989)

La reunión en el Mile-High, Frederick Pohl (*The Reunion at the Mile-High*, 1989)

La caverna de Platón, Poul Anderson (*Plato's Cave*, 1989)

Conciencia de Fundación, George Zebrowski (*Foundation's Conscience*, 1989)

Los cazacoches de la llanura de cemento, Robert Sheckley (*Carhunters of the Concrete Prairie*, 1989)

La conversación oída por casualidad, Edward D. Hoch (*The Overheard Conversation*, 1989)

La mancha, Hal Clement (*Blot*, 1989)

La Cuarta Ley de la robótica, Harry Harrison (*The Fourth Law of Robotics*, 1989)

El originista, Orson Scott Card (*The Originist*, 1989)

Unas palabras de Janet, Janet Jeppson Asimov

Cincuenta años, Isaac Asimov

Prefacio

Ray Bradbury

Uno de mis relatos preferidos de infancia era uno que trataba de un niño que hizo funcionar una máquina mágica de gachas de avena de forma tan frenética que inundó la ciudad con un metro de gachas.

Si uno quería ir de una casa a otra o encaminarse hacia el centro de la ciudad, tenía que salir con una cuchara y comerse las gachas que cubrían el camino hasta su destino, cercano o lejano.

Era un concepto delicioso, excepto que yo imaginé que se trataba de sopa de tomate y una gruesa papilla de galletas saladas *crackers*. ¡Salir de viaje y hacer un festín, todo en uno!

Imagino que el nombre del niño de aquel relato debería de haber sido Isaac Asimov; porque me parece que desde que lo conocí en la Primera Convención Mundial de Ciencia Ficción en la ciudad de Nueva York, durante la primera semana de julio de 1939, Isaac ha estado viajando por la vida y celebrando festines, ahora en las tablas astronómicas, después en un abanico de otras ciencias, ahora en religión, y también en literatura durante un enorme período de tiempo. Uno podría aplicarle el nombre de grajilla, pero no sería del todo correcto. A la grajilla le llaman la atención los objetos brillantes de cualquier peso, y se apodera de ellos. Isaac se dedica a la actividad de mover montañas, aunque

no las mueve precisamente sino que se las come. Dadle un libro y unas cuantas horas, y como en el caso de las gachas de avena, Isaac saldrá por el otro, tras haber cavado y comido un túnel, todavía hambriento. ¿Existe algún género de literatura que no haya tocado? Lo dudo muy seriamente.

Y ahora, aquí tenemos, dentro de este libro, a los hijos e hijas honorarios de Asimov. Sus máquinas no se han convertido en artefactos delirantes que inundan una ciudad, pero no obstante están produciendo y levantando sus ojos hacia Papá Asimov y nosotros en busca de una aprobación que no les será negada.

Decir más sería llamar la atención sobre mi talla, comparable a una mota de polvo junto a una fortaleza o una fuerza de la naturaleza. Sólo agregaría una nota final. La gente ha dicho que Isaac es un trabajador compulsivo. Tonterías. Se ha vuelto loco de amor en una docena de territorios; y quedan unas pocas docenas de territorios vírgenes para él. Quedarán aún menos de dichos ámbitos vírgenes cuando Isaac parta y llegue Ahí Arriba, para escribir veinticinco libros más sobre la Biblia. ¡Y eso será sólo durante la primera semana!

Una noche de hace dos años, soñé que yo era Isaac Asimov. Al levantarme al día siguiente, se hizo mediodía antes de que mi esposa lograra convencerme de que no debía presentarme como candidato a la presidencia del país.

Te bendigo, Isaac. Os bendigo, hijos de Isaac, los que aquí figuran.

21 de febrero de 1989

El Isaac no metálico o ¡Qué bello es vivir!

Ben Bova

Los astrofísicos (para empezar con una palabra científica) clasifican el universo en tres categorías químicas: hidrógeno, helio y metales.

Los dos primeros son los más ligeros de la totalidad de los más de cien elementos conocidos. A cualquier cosa que sea más pesada que el helio, los astrofísicos la denominan alegremente «metal». El hidrógeno y el helio conforman hasta alrededor de un noventa y ocho por ciento de la composición del universo. Para los astrofísicos, el universo consiste en un montón de hidrógeno, una cantidad considerable de helio y una pizca de metales.

Ahora bien, a pesar de que Isaac Asimov es conocido en todo su planeta (y posiblemente en otros, no lo sabemos todavía) como escritor de ciencia ficción, cuando uno considera toda su producción de material escrito —la totalidad de sus cuatrocientos-y-contando libros y la miríada de artículos, columnas, quintillas jocosas y todo lo demás—, la ciencia ficción es en realidad un pequeño porcentaje del total. Por lo que se refiere a la producción de Asimov, la ciencia ficción constituye sus «metales». Es a las *realidades* científicas a las que dedica sus principales esfuerzos mentales.

Es al Asimov «no metálico» al que yo quiero rendir homenaje.

¿Recordáis la película titulada *¡Qué bello es vivir!*? ¿Aquella en la que un ángel le muestra al suicida James Stewart cómo hubiera sido su ciudad natal si nunca hubiera nacido el personaje creado por él?

Pensad en cómo sería nuestro planeta natal si Isaac Asimov nunca hubiera dedicado su mente y su mano a escribir sobre ciencia.

Escapamos por pelos de ese destino. Hubo un momento en el tiempo en el que un joven Isaac se enfrentó con una crítica elección en su carrera: continuar adelante como investigador o dedicar todo su tiempo a escribir. Escogió escribir y el mundo está extremadamente contento con el resultado.

Consciente de que la ciencia ficción, en aquellos primaverales tiempos, no podría mantener a una esposa y una familia, Isaac decidió escribir sobre la realidad científica y hacer de eso su carrera en lugar de la investigación bioquímica.

Pero supongamos que no lo hubiera hecho así.

Supongamos que, enfrentado a aquella alternativa profesional, Isaac hubiera optado por la estable, aunque nada espectacular, carrera de investigador científico de nivel medio, y hubiera escrito alguna ocasional historia de ciencia ficción como pasatiempo.

Continuaríamos teniendo el plato fuerte de sus relatos de ciencia ficción al que esta antología rinde homenaje. Continuaríamos teniendo «Nightfall», y «The Ugly Little Boy», la trilogía original de Fundación y novelas como *Un guijarro en el cielo*. Aún tendríamos, volviendo a la metáfora con la que comencé, la producción «metálica» de Isaac.

Pero no tendríamos su hidrógeno y su helio, la descomunal cantidad de libros que no son de ficción, principalmente libros que tratan de ciencia, aunque también hay en-

tre ellos maravillosos relatos, comentarios sobre varias obras literarias, y también lascivas quintillas jocosas.

Si Isaac hubiera trabajado durante todos estos años como investigador bioquímico de plena dedicación y escritor eventual de ciencia ficción, no habiéramos podido leer jamás todos esos maravillosos libros de ciencia. Probablemente toda una generación de científicos hubiera escogido otra carrera, porque nunca habrían vuelto sus ojos hacia la ciencia a causa de los libros que Isaac no habría escrito jamás. El progreso en todas las áreas de las ciencias físicas se habría retrasado, quizá con desastrosas consecuencias.

A millones de personas de todo el mundo se les hubiera negado el placer de darse cuenta de que podían entender los principios de la física, las matemáticas, la astronomía, la geología, la química, el funcionamiento del cuerpo humano, las intrincaciones del cerebro humano..., porque los libros en los que lo aprendieron y de los que obtuvieron dicho placer, no habrían sido escritos.

Editoriales enteras habrían ido a la bancarrota, sin duda alguna, sin los ingresos regulares y seguros que generaron para ellas los libros de ciencia de Isaac a lo largo de las décadas. Las industrias de pulpa de madera y papel padecerían un estado de depresión crónico si Isaac no hubiera publicado todos esos cientos de libros y miles de artículos. Canadá podría haberse convertido en una nación del Tercer Mundo, de no ser por el doctor Isaac Asimov.

Para llevar las cosas a un terreno más personal, yo nunca me habría puesto a escribir obras de divulgación científica de no ser por las obras de Isaac, y por el aliento y guía personales que me proporcionó. Los dioses son los únicos que saben a cuántos escritores ayudó Isaac, ya fuera por leer sus libros o mediante la consulta de algún problema científico que los tenía confusos.

Carreras arruinadas, compañías en bancarrota, personas ignorantes en busca de una iluminación que no podrían encontrar..., así es como sería el mundo si Isaac no hubiera

volcado sus enormes energías y más enorme corazón en libros de ciencia que no pertenecen a la ficción.

Una última palabra acerca de una palabra: divulgación.

En la boca de ciertos críticos (incluyendo la de algunos científicos profesionales), «divulgación» es un término de oprobio, algo parecido a la peyorativa «literatura barata», término que aún en la actualidad se arroja a la cara de la ciencia ficción. La «divulgación» de la ciencia es considerada por esos bastardos difamadores, como algo que está por debajo de la consideración de las personas dignas.

Dichos críticos se consideran a sí mismos como pertenecientes a la élite, y desdeñan la «divulgación» de la ciencia con la misma altanera terquedad que Jorge III demostraba para con sus súbditos norteamericanos.

Explicar la ciencia es probablemente la tarea más vital que cualquier escritor puede intentar llevar a cabo en la compleja sociedad actual, gobernada por la tecnología. El explicar la ciencia tan claramente y de una forma tan entretenida que los hombres y mujeres comunes de todo el mundo clamen por los libros de uno..., es un logro digno de un premio Nobel. Es una gran lástima que Alfred Nobel no haya pensado jamás en la necesidad de explicarles la ciencia a las masas. Estoy seguro de que si lo hubiese hecho, habría creado un premio especial para ese género.

Isaac Asimov escribe sobre ciencia (y sobre todo lo demás), tan soberbiamente bien que consigue que parezca fácil. Puede coger cualquier tema bajo el sol y escribir sobre él de una forma tan lúcida y comprensible que cualquier persona que sepa leer y escribir puede comprender la materia sin realizar apenas esfuerzo.

A causa de este increíble talento es a veces rechazado como «un mero divulgador». Como ya he propuesto en el pasado, vuelvo a proponer ahora: cualquiera que piense que lo que hace Isaac es fácil, lo invito a intentarlo. Ya sé que yo lo he conseguido, con un cierto grado de éxito. ¡Pero fácil, no lo es!

Gracias sean dadas a las fuerzas que conforman este universo, porque Isaac haya decidido no convertirse en un investigador de dedicación completa y, en cambio, haya dedicado todos sus esfuerzos a escribir. A pesar de que es famoso por escribir ciencia ficción, su producción «no metálica» de realidades científicas es mucho más voluminosa e infinitamente más importante —si esa palabra puede ser aplicada a las obras escritas—, que su merecidamente admirada y premiada ficción.

Si todo esto os hace llegar a la conclusión de que Isaac Asimov es una estrella, bueno, ¡por el cielo que lo es! Y una de las más brillantes.

La corredora de cintas

Pamela Sargent

Los tres niños alcanzaron a Amy justo cuando llegaba a las cintas transportadoras.

—Barone-Stein —le gritó uno de los niños.

Ella no reconoció a ninguno de ellos, pero era obvio que los niños sabían quién era ella.

—Queremos una carrera —le dijo el más pequeño, hablando en voz baja para que las personas que pasaban no pudieran oír el reto—. Puedes ir delante y escoger el recorrido.

—Hecho —respondió ella rápidamente—. C-254, intersección del camino local de Riverdale.

Los niños fruncieron el entrecejo. Quizá habían esperado una carrera más larga. Parecían muy jóvenes; el más alto de ellos no podía tener más de once años. Amy se inclinó y enrolló un poco los bajos de sus pantalones. Podía vencerlos a todos antes de que llegaran al destino que ella había nombrado.

Pasó más gente que subió a la cinta más cercana. Las bandas móviles de color gris que se extendían infinitamente a ambos lados de ella, desplazaban su cargamento humano por toda la ciudad. La cinta que tenía más cerca se movía en aquel momento a poco más de tres kilómetros por hora; la mayoría de los pasajeros que entonces transportaba eran ancianos o niños pequeños que practicaban

unos pasos de baile donde no había sitio. Junto a aquella, otra cinta avanzaba a más de cinco kilómetros por hora; a lo lejos, en las cintas más veloces, los pasajeros no eran más que un borroso conjunto colorido. Todas las cintas transportaban una corriente regular de personas pero la hora punta no comenzaría hasta al cabo de dos horas. Los niños la habían desafiado durante un período tranquilo del día, lo que significaba que no estaban demasiado seguros de sí mismos; no querían arriesgarse a correr entre una multitud de viajeros.

—Vamos —dijo Amy.

Subió a la cinta y los niños hicieron lo mismo detrás de ella. Más adelante, la gente se estaba cambiando a la cinta contigua, avanzando lentamente hacia la más rápida que corría junto a la plataforma del camino local. Los anuncios brillaban alrededor de Amy con su luz fosforescente, constante, ofreciendo ropa, las últimas películas-libro, bebidas exóticas y otro drama hiperonda más sobre las aventuras de un Viajero del Espacio en la Tierra. Por encima de su cabeza, luces zigzagueantes y flechas luminosas destellaban constantemente mostrando las diferentes direcciones a los millones de ciudadanos: POR AQUÍ, A LAS SECCIONES DE JERSEY; SIGA LA FLECHA HACIA LONG ISLAND. El ruido era constante. Las voces aumentaban y disminuían a su alrededor mientras la cinta zumbaba suavemente debajo de sus pies; podía oír débilmente el silbido del camino local.

Amy avanzó caminando por la cinta, pasó corriendo junto a un grupo de gente y cruzó hasta la siguiente, flexionando un poco las rodillas para absorber el incremento de velocidad. No miró hacia atrás porque sabía que los niños continuaban tras ella. Respiró profundamente, pasó rápidamente hasta la cinta siguiente, corrió por ella hacia los pasajeros que se encontraban más adelante, y luego salló a la cuarta cinta. Giró en redondo, saltó nuevamente a la tercera cinta, y luego cruzó tres cintas en rápida sucesión.

Correr por las bandas móviles era muy parecido a una danza. Mantuvo el ritmo mientras brincaba hacia la derecha, se inclinaba al viento, y luego saltaba a la cinta más lenta que tenía a la izquierda. Amy sonrió mientras un hombre meneaba la cabeza, mirándola. El estilo tímido de la mayoría de los pasajeros no estaba hecho para ella. Otros, que no se atrevían a aceptar la libertad que ofrecían las bandas grises, se contentaban con ser una parte de la corriente canalizada. Parecían sordos a la música de las cintas y a la canción que la llamaba a ella.

Amy miró hacia atrás; ya había perdido a uno de los niños. Avanzó hasta el borde izquierdo de la banda, hizo una finta y luego saltó hacia la derecha, pasó a toda velocidad junto a una sobresaltada mujer, y continuó corriendo de través por las cintas hasta llegar a la más rápida.

Llevaba el brazo izquierdo en alto para protegerse del viento; aquella cinta, al igual que el camino local, avanzaba a casi treinta y ocho kilómetros por hora. El camino local era una plataforma que avanzaba constantemente, con mástiles de abordaje y escudos transparentes colocados a intervalos para proteger del viento a los viajeros. Amy se aferró a un mástil y subió a bordo mediante un balanceo.

Había el espacio justo, suficiente como para que pudiera pasar apretadamente entre los pasajeros. Los dos niños que quedaban la habían seguido hasta el camino local; una mujer mascullo enfadada cuando Amy la empujó al pasar junto a ella hacia el otro lado.

Ella saltó a la cinta que estaba más abajo y se desplazaba también a la misma velocidad que el camino local, subió a la plataforma una vez más, y luego volvió a saltar a la cinta. Uno de los niños continuaba con ella, a algunos pasos más atrás. Su compañero debía de haber vacilado un poco, al no esperar que ella volviera a saltar de vuelta a la cinta tan pronto. Un buen corredor de cintas lo habría esperado; ningún corredor permanecía durante mucho rato en un camino local o un camino expreso. Saltó a una cinta más len-